

«Si alguno aún de los amigos caros
 »á mi voz obedece, yo á vosotros
 »os pido que, importunos, de alimento
 »no me habéis ni bebida. Atravesado
 »de dolor está el pecho; y en ayunas
 »he de permanecer hasta que oculte
 »su luz el sol, y la marcial fatiga
 »quiero así tolerar.» Con estas voces
 despidió á los demás: sólo quedaron
 los dos Atridas, el sagaz Ulises,
 Néstor, Idomeneo, y el prudente
 Fénix. Y procuraban todos ellos
 á Aquiles distraer de su profunda
 y sombría tristeza; mas del héroe
 nada alegrar el ánimo podía,
 hasta dejar vengado al dulce amigo
 en poderosa lid. Y al acordarse
 de la fidelidad con que otro tiempo
 oficioso Patroclo le sirviera,
 en frecuentes suspiros anheloso
 respiraba; y volviéndose al cadáver,
 así decía en dolorosas voces:
 «¡Infeliz, y de todos mis amigos
 »el que yo más amaba! En otro tiempo
 »tú mismo, diligente y afanado,
 »el desayuno aquí me preparabas
 »en esta tienda, cuando ya los Griegos
 »á las armas corrian presurosos
 »para llevar asolacion y muerte
 »á los Troyanos. Mas en ella yaces
 »ahora tú, por enemiga lanza
 »atravesado; y triste el alma mia
 »por tu muerte, privado de alimento
 »y de bebida estoy, aunque manjares
 »en abundancia tengo y dulce vino
 »dentro la tienda. Recibir no puede
 »el pecho más dolor, aunque llegara
 »á mis oídos la fatal noticia
 »de haber muerto mi padre. ¡Desdichado!
 »tal vez ahora en Phtia numerosas
 »lágrimas él derrama, al acordarse
 »de un hijo que es su gloria; y en extraña
 »region en tanto yo con los Troyanos,
 »por esa odiosa Elena, combatiendo
 »estoy. Ni más el alma se afligiera
 »si hubiese muerto el hijo de mi vida
 »que en Esciro dejé para que fuese
 »allí educado, ¡ay triste! si á estas horas
 »aura vital respira el parecido
 »en belleza á los Dioses Neptolemo.

»Antes al alma mia algunas veces,
 »en feliz ilusion, se consolaba
 »con pensar que distante de la Grecia
 »en los campos de Troya moriria
 »yo sólo; y que en las naves á Tesalia
 »volviendo tú, y de Esciro al hijo mio
 »sacando á la Grecia en tus bajeles
 »llevándole despues, le mostrarias
 »mis grandes posesiones, mis esclavos,
 »y mi elevado alcázar; porque ahora
 »ya habrá muerto Peleo. O si de vida
 »corto plazo le queda, consumido
 »por la fria vejez en dolorosa
 »estaré agitacion, siempre esperando
 »de mi muerte escuchar la triste nueva.»

Así dijo llorando: y suspiraban
 los Príncipes tambien, al acordarse
 cada cual de las prendas que dejado
 dentro su casa habia. Y el Saturnio,
 cuando los vió llorar, compadecido,
 dijo á Minerva en cariñoso acento:

«¡Hija mia! Del todo abandonaste
 »al guerrero á quien ántes protegias
 »y tiernamente amabas. ¿No te curas
 »de Aquiles ya? Pues mírale llorando,
 »delante de su tienda, al escudero
 »que tan caro le fué miéntras vivia.
 »A tomar alimento los Aquivos
 »todos marcharon; sin gustar manjares,
 »ni beber, él quedó. Pero tú baja,
 »y derrama en su pecho algunas gotas
 »de néctar y ambrosía porque el hambre
 »no se apodere de él.» Con estas voces
 Jove aguijó á Minerva, que del cielo
 atravesando la region del éter
 bajó á la tierra en vuelo vagaroso,
 como el alcon que rápido volando
 tiende al aire las alas anchurosas
 y da agudos chillidos. Y llegada
 al campo de los Dánaos, que al combate
 se preparaban ya, dentro del pecho
 de Aquiles derramó de dulce néctar
 y celeste ambrosía algunas gotas,
 para que el hambre acaso sus rodillas
 no enflaqueciese; y al eterno alcázar
 volvió del padre omnipotente, y fuera
 de las naos salieron los Aquivos.

Cuan numerosos á la tierra envía
 los copos de la nieve el padre Jove,
 y helados vuelan al violento soplo

del Bóreas que las nubes desparrama
 cuando constante reina, y restituye
 á los cielos su luz; tan numerosos
 los relucientes carros que á lo léjos
 brillaban, y los cóncavos broqueles,
 y las dobladas cueras, y las picas
 de duro fresno, de las griegas naves
 salir se vían, y hasta el ancho cielo
 el resplandor llegaba. Y en contorno
 la tierra toda ufana se reía
 por el brillo del bronce iluminada,
 y confuso ruído estrepitoso
 se alzó bajo los piés de los guerreros;
 y en medio el campo el valeroso Aquiles
 se estaba ya vistiendo la armadura.

Rechinaban sus dientes, y sus ojos
 resplandecian cual brillante llama
 de fuego abrasador, é intolerable
 dolor sentía el corazón del héroe;
 y airado con los Teucros, la armadura
 que Vulcano le hiciera se vestía.

Puso primero las hermosas grevas
 de las piernas en torno, y al tobillo
 las ajustó con argentados broches:
 ciñó el pecho despues con la coraza,
 y colgó de los hombros la cortante
 espada, cuyo pomo enriquecian
 clavos de plata y de luciente bronce
 labrada fuera; y abrazó el escudo
 sólido y anchuroso, y á lo léjos
 llegaba el resplandor que despedía,
 al de la luna llena parecido.

Como los marineros, á quien llevan
 á pesar suyo por los anchos mares
 y alejan de su casa impetuosos
 rápidos huracanes, á lo léjos
 divisan desde el mar la luz que arroja
 la dilatada selva que en la cumbre
 del monte ardiendo está, y en solitario
 sitio en que nadie de apagarla cuida;
 así de léjos relucir de Aquiles
 se veía el escudo nielado
 en vistosas labores, y llegaba
 su resplandor al cielo. El refornido
 casco tomó despues y á la cabeza,
 le acomodó, y cual rastro radiante
 el penacho brillaba, y en contorno
 las áureas crines, que afirmó Vulcano
 sobre la alta cimera del almete,
 trémulas ondeaban. Probó Aquiles

primero si las armas eran todas
 á su talle ajustadas, y moverse
 podía en libertad; y cual si fueran
 alas de pluma, el campeón corria.
 Del estuche sacó la ponderosa
 y larga y gruesa lanza que su padre
 le diera y que ninguno de los Griegos
 podía manejar, y sólo Aquiles
 usar de ella sabia. Antomedonte
 y Alcimo, diligentes, los caballos
 al yugo uncieron, los tirantes de oro
 atando á las armellas; con el freno
 su boca sujetaron, y las riendas
 tendieron hácia atrás. Y automedonte,
 el látigo tomando sonoro
 y ligero, del carro la alta silla
 ocupó; y detrás de él subiendo Aquiles
 armado ya con sus lucientes armas,
 brillaba como el sol cuando camina
 por el más alto punto de los cielos;
 y en espantosa voz á los caballos
 que de su padre fueran animaba.

«¡Janto y Balio (decía), ilustres hijos
 »de la Harpía Podarga! Victorioso
 »y sin herida á las aquivas naos,
 »conducid, acabada la batalla,
 »al que monta hoy el carro; y no en la arena
 »muerto allí le dejéis, como á Patroclo.»

Oyó sus voces el ligero Janto
 uncido como estaba, y la cabeza
 inclinó á tierra: y las doradas crines,
 en derredor del yugo derramadas,
 hasta el suelo llegaron; y la Diosa
 Juno le dió que articular pudiese
 voces humanas, y á su dueño él dijo:

«¡Salvo de la batalla en este día
 »te sacaremos, valeroso Aquiles!
 »pero á tí ya se acerca de la muerte
 »el momento fatal, y no seremos
 »nosotros los culpados; que la vida
 »un Dios te quitará muy poderoso,
 »y el Hado inevitable. Ni por nuestra
 »lentitud y pereza los Troyanos
 »arrancaron las armas de los hombros
 »á Patroclo. Valiente combatía
 »él entre los primeros campeones;
 »y el hijo de Latona, el iracundo
 »Febo, la vida le quitó, y la gloria
 »á Héctor dió de vencerle: que corrido
 »hubiéramos nosotros tan veloces

»como el soplo del céfiro, que dicen
 »ser de los vientos el que más camina.
 »Así tú destinado por la Parca
 »estás á que te maten un guerrero

»y una Deidad.» Apénas el caballo
 habia proferido estas palabras,
 las Furias infernales contuvieron

LIBRO VIGÉSIMO

ARGUMENTO

*Con permiso de Jove soberano
 Al ejército acheo y al troyano
 Dan auxilio los dioses mutuamente;
 A Aquiles hace Eneas despues frente,
 Mas le salva Neptuno, y la victoria
 Consiguen los acheos con gran gloria.*



N tanto que en sus naves los Aquivos, así exploró la voluntad de Jove: vestida la armadura, se formaban al lado tuyo, Aquiles, é impaciente estabas por entrar en la pelea, del campo en las alturas los Troyanos tambien se armaban, y el Saturnio Jove mandaba á Témis que á los Dioses todos, de las cumbres bajando del Olimpo, á junta convocase. Y presurosa corriendo por las tierras y los mares, les intimó que á la mansion de Jove pronto subiesen. De los claros rios solo faltó Oceano, y de las Ninfas, cuantas habitan los amenos bosques, las fuentes de los rios, y los prados de verdura cubiertos, ni una sola dejó de concurrir. Y ya venidas al palacio de Jove, los asientos de bien labrada reluciente piedra que á Júpiter Vulcano fabricara por orden las Deidades ocuparon. Y tampoco Neptuno inobediente á los mandatos se mostró de Témis, que desde el hondo mar subió al Olimpo; y en medio de los Dioses asentado,

»¿Por qué de nuevo á junta las Deidades
 »has convocado, oh tú que esplendorosos
 »rayos envías á la tierra? ¿Acaso
 »para deliberar sobre la suerte
 »de Troyanos y Griegos, porque cerca
 »está ya de encenderse la batalla?»
 Jove le respondió: «Tú adivinaste,
 »oh Neptuno, el consejo que en la mente
 »ahora yo agitaba, y el motivo
 »de haberos convocado. De unos y otros
 »cuido yo todavía, aunque no léjos
 »están de perecer en los combates.
 »Mas este dia en la elevada cumbre
 »yo quedaré sentado del Olimpo,
 »y al mirar desde allí la gran pelea,
 »la vista así recrearé. Vosotros
 »á la tierra bajad; y cuando hubiereis
 »llegado á la llanura en que los Griegos
 »pelean y Troyanos, á los unos
 »socorred, ó á los otros, segun sean
 »de vosotros amados. Porque ahora,
 »si el fuerte Aquiles combatiera, él sólo,
 »con todas las escuadras enemigas,
 »ni un instante podrian los Troyanos